

ANNICK DE SOUZENELLE

El arco y la flecha

Maravillas del Eros



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior

EL ARCO Y LA FLECHA

Annick de Souzenelle

1.ª edición: marzo de 2026

Título original: *L'arc et la flèche*

Traducción: *Maria Cristina Vilardell i Jové y Josep Maria Gregori i Cifré*

Maquetación: *Marga Benavides*

Corrección: *Juli Peradejordi*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2001, Les Éditions du Relié

Derechos de traducción gestionados por Cristina Prepelita

Chiarasini Agence CGR

(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25 Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-376-3

DL B 662-2026

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Prefacio	7
I. Eros, su nombre	11
II. Su fuente.	15
III. Su ser	27
IV. Dinámica del eros. El Shabat.	31
V. Exilio del eros	37
VI. El beso	55
VII. El abrazo	65
VIII. La ruptura.	79
IX. Fruición y conocimiento	97
X. Eros e identidad	117
Epílogo	129

Prefacio

¿Como podríamos hablar de *El arco y la flecha* de Annick de Souzenelle sin presentar antes a su autora? Ella nos ha legado una considerable serie de libros que continúan la tradición hebraica basándose en el texto de la Torá.¹

Leer los libros de Annick de Souzenelle significa entrar en contacto con una fe enraizada, con un pensamiento estructurado, con una profunda coherencia entre la vida, la palabra y la experiencia interior de su autora. Me ha parecido pues que, para ser justo, debía presentarles a esta gran señora que nos habla de un Dios de amor, de un Dios siempre presente, porque es interior.

«¡No invento nada!, solamente me limito a transmitir los contenidos del *phylum* judeocristiano», responde Annick de Souzenelle cuando alguien le dice que innova, y si bien es verdad que su apertura a las riquezas de

1. Annick de SOUZENELLE, *Alliance de feu. Une lecture chrétienne du texte hébreu de la Genèse*, París, Albin Michel, 1994.

otras tradiciones sobrepasa en gran manera lo que se ha convenido en llamar «ecumenismo», es necesario dejar constancia de que para ella la Biblia es una fuente nutriente de vida.

Consciente de la lucha encarnizada del alma humana, Annick de Souzaenelle busca responder a ella a su manera. Un día decidió releer la Biblia en su lengua original, es decir, en hebreo, lengua cuyas riquezas semánticas empezó descubrir y que hoy domina a la perfección. Todo ello la llevó a compartir su experiencia impartiendo conferencias y publicando libros, puesto que lo único que le interesa a nuestra autora es la Verdad interior, hablar de lo divino, sin ningún espíritu misionero, a fin de buscarlo y descubrirlo en lo más profundo del corazón.

Si los libros de Annick de Souzaenelle tienen tanto éxito —entre ellos *El arco y la flecha*— es debido, precisamente, a su gran experiencia de las realidades más profundas del ser humano. La autora nos recuerda que «nada está perdido, todo está aquí, en nuestra misma tradición grecolatina y judeocristiana; a pesar de ello, ya no sabemos leer la Biblia, ni escuchar los mitos y los cuentos, ni describir su lenguaje», y exclama: «¡aprendamos de nuevo a leer las Escrituras!».²

2. Annick de SOUZENELLE, *La Parole au cœur du corps. Entretiens avec Jean Mouttapa*, París, Albin Michel, 2017, p. 12; cf. las ediciones castellana, *La Palabra en el corazón del cuerpo*, Buenos Aires, Creavida, 2018, p. 10, y catalana, *La paraula al cor del cos. Converses amb Jean Mouttapa*, Barcelona, Fragmenta, 2022, p. 12.

Enfermera anestésista durante quince años, Annick de Souzenelle entendió que, más que el cuerpo, lo que hay que curar es al hombre. Su deseo ya no es, hoy, el de adormecer, sino el de provocar un despertar relacionado con el hecho de «aprender a leer la letra de nuevo».

Tras convertirse a la ortodoxia cristiana bajo la influencia del padre Evgraf Kovalevsky, quien más tarde se convertiría en el obispo Jean de Saint-Denis, todo cambió para ella, todo se esclareció. Gracias a las enseñanzas del padre Evgraf entró en contacto con la ontología, es decir, con el misterio del hombre y su capacidad para desposar lo divino oculto en su interior. Recibió, asimismo, clases de hebreo del rabino Emmanuel Lévyne, unas enseñanzas que éste sólo impartía a un reducido círculo de personas. Lévyne y el padre Evgraf, cada uno desde su compromiso, hablaban el mismo lenguaje puesto que, para ambos, Israel no es un lugar exterior sino un espacio que ha de permanecer interior.

Annick de Souzenelle nos dice: «jamás me tendré por cabalista, pero con él –Emmanuel Lévyne– adquirí las estructuras fundamentales de la Cábala en lo que atañe al simbolismo de las letras..., yo había sido muy sensible al grito de alarma de C. G. Jung cuando exclamaba: “¡Occidente ha perdido sus mitos y se está muriendo!”; sin embargo para mí los mitos seguían ahí pero ya no sabíamos leerlos. Tenía que aprender pues a leer de nuevo los mitos, para mí misma y para transmitirlos. A partir del día que me llegó la intuición funda-

mental de mi búsqueda, es decir, la analogía profunda, la correspondencia esencial –corroborada por todos los mitos de nuestra tradición– entre el esquema del cuerpo humano y el del árbol de la vida de los cabalistas, mi trabajo podía empezar; y, en primer lugar, dio a luz *El simbolismo del cuerpo humano*, ¡y aún prosigue!».³

Al término de sus conversaciones con Jean Mouttapa, Annick de Souzenelle afirma que «la Biblia, como la vida, nos enseña la necesidad interior de este verbo que aparece tan a menudo en las Escrituras: “dejar”. Todo empieza aquí y debemos permanecer en silencio para escuchar en nuestro interior, en el corazón de nuestra carne, en lo más profundo de nuestro ser, la Palabra que Abraham escuchó: “Deja tu país... ve hacia tí”». ⁴

No dudes, pues, estimado lector, en leer con atención *El arco y la flecha. Maravillas del Eros*, que la autora abre así: «¿Cómo hablar con las palabras empobrecidas de nuestro lenguaje de aquello que pertenece al Verbo? Pues aquello a lo que llamamos Eros pertenece al Verbo, a lo divino!».

THIERRY D’OULTREMONT
Centelles, otoño de 2015

3. *Id.*, p. 29, p. 37 o 29 de la edición castellana.

4. *Id.*, pp. 264-265, pp. 324-325 o 264-265 de la edición castellana.

Eros, su nombre

¿Cómo hablar con las palabras empobrecidas de nuestro lenguaje de aquello que pertenece al Verbo? ¿Pues aquello a lo que llamamos Eros pertenece al Verbo, a lo divino!

Como un río de fuego, nace en la Nonada.⁵ Fluye con una impetuosidad torrencial para alojarse en los estertores del deseo, en la exaltación de los arrobamientos, para luego apaciguarse, lesionarse contra los peñascos de las rupturas, hundirse en las arenas de las pesadumbres, filtrarse por las más misteriosas alquimias y luego volver a su primera fuente, ¡Nonada!

5. *Nota bene:* hemos traducido «rien» —término francés derivado del latín *res*, «cosa»— en su acepción de «nonada» para enfatizar que se trata de una cosa tan insignificante que, como una nadería, no es casi nada; por otra parte, en el siguiente capítulo, la autora observa la cercanía que se da entre esta «nonada» y el «principio», *resh*, de la Creación, cuya significación se halla ya inscrita en su primera letra (*res*). Véase, al respecto, Annick de SOUZENELLE, *La Letra, Camino de Vida. El simbolismo de las letras hebreas*, Buenos Aires, Kier, 1995, cap. XXII, pp. 177-196.

¿Anonadamiento bajo la losa de plomo de los fracasos? A menudo, ¡sí! ¿Pero a veces, también, oro puro de mudas ebriedades que un abrazo divino concede a la carne Una recobrada!

¿Qué otro nombre darle a este río de vida que corre por mis miembros como también por la flor más humilde, que hace cantar al viento y brillar a las estrellas? Sea cual sea su rugosidad o su ternura, tanto si se llama *philia* como *agapé*, es el eros. *Eros*, *philia* y *agapé* son tres términos que el lenguaje cristiano ha tomado prestado del griego para expresar el amor; en orden creciente, hacen referencia a distintos niveles de conciencia, y por lo tanto de experiencia, conforme a la evolución del ser. *Philia* evoca un amor-amistad; *agapé* es una ternura despojada de todo apego, de toda posesión, un amor purificado.⁶ Pero *eros* es el amor, y todo está dicho de él si se sabe que el dios de la mitología griega que le da su nombre «nació, según algunos, del huevo primordial..., no tuvo padre, ni madre..., volaba con sus alas de oro, tiraba sus flechas al azar e inflamaba cruel-

6. *Nota bene*: la distinción entre el amor-amistad (*philia*) y el amor desprendido de toda ligazón (*agapé*) se hace patente en el texto griego del Nuevo Testamento cuando Jesús se dirige al apóstol Pedro para preguntarle si le ama. De las tres veces en que Jesús le pregunta «Pedro, ¿me amas?», en las dos primeras utiliza el término *agapé* y en la tercera *phileo*, mientras que en las tres respuestas de Pedro, «Sí, te amo», éste las expresa mediante el término *phileo* (Jn 21, 15-17). A su vez, en la Primera Epístola de San Juan, cuando el apóstol habla del amor de Dios se sirve del término *agapé* (Epístola I de San Juan 3, 14 y 4, 17-18).

mente los corazones con sus tiros temibles». ⁷ Bajo la luz de su mirada, Eros –primero de los dioses y maestro del arco– abarca la totalidad de la experiencia amorosa, y, en profundidad, no es sino una única flecha que, por muy desviada que esté al inicio de nuestras vidas, puede reencontrar a cada instante la ruta hacia su certera diana, su eje creador que, como veremos, la interpela...

Desde la danza nupcial más arcaica, de la cual hace desencadenar las ondas, hasta la cima sobrecogedora de la castidad, su toque divino traduce sus mutaciones, pero sigue siendo el eros. Desde la risa sofocante, que se pierde en el espasmo que contrae el vientre, hasta las lágrimas saladas que se deslizan para ser recogidas por las comisuras de los labios doloridos, sigue siendo el eros.

Desde esas lágrimas hasta la inmersión total en el fuego de su sal y de la adoración, sigue siendo el eros.

Desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza, desde el germen anidado en el secreto del seno materno hasta el «turbante real en las manos de su Dios», emerge como una serpiente de bronce que, ciertamente, cambia de color en sus distintos enroscamientos, pero sigue siendo el eros.

Su nombre tañe el carillón de su fiesta.

Yo no osaría acallar su canto...

7. Robert GRAVES, *Los mitos griegos*, Barcelona, Ariel, 2016, pp. 24-25.

II

Su fuente

Todo es creado de nonada, dice la Tradición. «Nonada» es el primer nombre divino revelado de la mística judía.⁸ El eros nace del anonadamiento divino, de Dios

-
8. *Nota bene:* la autora se refiere al término hebreo *Aín*, «Nonada», lugar de donde emanan las energías divinas del Árbol de las Sefirot: «Cada *sephira* es un recipiente, un contenedor de energía, de una energía que nos viene de arriba, que desciende de *Aín*, al que llamamos “Nonada”. En efecto, esta palabra significa “nonada”, lo que hace decir a la tradición judeocristiana que Dios lo ha creado todo *ex nihilo*; sin embargo, sobre este tema reina la mayor confusión porque este *Aín* hebreo no tiene nada que ver con nuestro concepto de nada. Es el punto sin dimensión que lo contiene todo en su potencia, y que simboliza el “lugar” sin espacio en el que Dios se retira y pasa por “nonada” para que el Hombre advenga. Para hacerse una idea –el texto transcribe los diálogos entre Annick de Souza-nelle y Jean Mouttapa–, imagine dos conos opuestos por la cima. *Aín* es ese punto de intersección, situado más allá de toda medida, que hace de nexo entre el mundo divino y el mundo humano. *Aín* es también llamado el “Punto de Arriba”. Es y no es». Cf. Annick DE SOUZENELLE, *La Palabra en el corazón del cuerpo. Jean Mouttapa entrevista a Annick de Souza-nelle*, Buenos Aires, Creavida, 2018, p. 60, o la edición catalana *La paraula al cor del cos*, Fragmenta, Barcelona, 2022, p. 64.

que no podría poner ante él a otro que no sea él sin reducir su infinitud a nonada.

Kenosis, contracción divina hasta el extremo, dicen los griegos; *Tsim-Tsum*, aspiración divina hasta la punta más fina de nonada, dicen los hebreos. De este «punto de arriba» que es Punto y que no es nada... todo es creado; del no-Ser al Ser, todo es creado.

En este *'Emts'a*, en este «centro» del movimiento divino del no-Ser al Ser, se encuentra el «intervalo» *Rewah*, que pronunciado *Ruah*, es el Espíritu Santo de Dios.

El Espíritu Santo reside en esta nonada... Es una ausencia, pero Es, con lo cual también es Presencia; un más allá de la antinomia, que se manifiesta en un aliento, en una caricia amorosa; una Presencia en «todo aquel otro» con el que establece relación. Esta nonada es, a su vez, el principio *Resh* de lo creado. «En el principio», en hebreo *Ber'eshit*, es también *Brit-'esh*, «Alianza de fuego», alianza de amor. La obra creada tiene una fuente y una finalidad nupciales.

Seamos claros: este Principio nos habita, a nosotros, seres creados; nos fundamenta. *Ber'eshit*, esta primera palabra del Génesis que la Tradición asegura que contiene el mensaje de la Torá en su totalidad,⁹ no alude a

9. *Nota bene*: Emmanuel d'HOOGHVORST en «Le Midrache», *Le fil de Pénelope*, Grez-Doiceau, Beya, 2009, vol. I, pp. 281-282, escribió: «Los maestros han enseñado: 'la Torá está contenida toda entera en el primer versículo del libro del Génesis: "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra". El resto es el comentario, el midrach.' Otros han dicho: 'la Torá ya se en-

un «comienzo» de la Creación bajo el orden de nuestro tiempo de exilio; éste es accidental y me referiré a él más adelante. *Ber'eshit*, «en el principio», es fundador de todo lo que tiene vida; constituye el núcleo de la transfiguración de toda cosa. (La «cosa», *res* en latín –tan cercano al «principio» *resh*, en hebreo– ¡de donde procede el término francés «rien»!). Este núcleo es divino, está sellado en el interior de cada cosa; guardián de su energía potencial, la libera de una forma natural por ejemplo en el corazón de las estrellas, en sus fisiones nucleares controladas, pero es llamado a liberarla en nosotros mediante una progresiva obra de realización en la que tenemos que participar, ¡desplegando el eros!

Quizás podemos empezar a presentir esta verdad última accediendo hoy en día a la realización de la fisión nuclear por la vía exterior; y si ésta nos inspira tanto temor es porque aún estamos lejos de concebirla, de forma homóloga, como una realidad interior en nosotros mismos.

cuenta toda entera en la primera palabra de este versículo: *Bereshit*, “En el principio”; y el resto es el comentario.’ Y algunos han afirmado: ‘es en la primera letra de la primera palabra que se encuentra en la Torá, la letra B, en hebreo *Bet*; y en esta primera Bet hay un punto; la letra sin el punto no es la Torá, el punto sin la letra tampoco es la Torá, pero el punto dentro de la letra, esto sí que es la Torá de Moisés... y todo el resto es el *midrach*’. Véase la traducción catalana de este breve artículo en Emmanuel d’HOOGHVORST, *El fil blau. Històries de la tradició hebraica*, Barcelona, Publicacions de l’Abadía de Montserrat, 2002, pp. 17-18.

Los mitos que se sirven del lenguaje del Hombre¹⁰ exterior para hablarle de su interioridad le hablan del estado de exilio de sí mismo y de Dios, que es el suyo cuando llega al mundo; trágico olvido que le hace muy difícil el acceso a la conciencia de este «principio» fundador de toda vida. Sin embargo, ¡es solamente en su fuente donde encontraremos el manantial del eros para saciar nuestra sed y seguir el río vital que es y que preside esta gran obra!

Volviéndonos hacia lo ontológico,¹¹ regreso, pues, a este principio. *Ber'eshit* también es *Bar'eshit*, «un hijo pongo como fundamento», dice *Elohim*, Dios creador.

Y la misma palabra *Ber'eshit* está construida con las dos primeras letras *Bet* y *Resh* cuando se enlazan en sus respectivas formas desarrolladas. Ahora bien, estas dos primeras letras forman la palabra *Bar*, el Hijo. Así, en el secreto, este nombre del Hijo está puesto como epí-

10. Escribo el término Hombre con una H mayúscula para referirme a la humanidad entera –traducción del nombre hebreo de *Adam*–, que comprende a hombres y mujeres. Lo escribo en minúscula cuando me refiero a un hombre para distinguirlo de una mujer.

11. Empleo a menudo el término «ontológico», del griego *ontos*, participio presente del verbo *ser*, para calificar el estado del Hombre cuando nace de las manos divinas, antes de lo que la tradición denomina la «caída». El estado del Hombre ontológico se opone, así, al del Hombre convertido en exiliado de su primera naturaleza; de hecho, éste se halla exiliado de sí mismo y de la presencia divina que lleva en su interioridad. Esta segunda naturaleza es la nuestra cuando llegamos al mundo, a pesar de que recubre a la primera, siempre presente en nosotros, aunque adormecida y estéril mientras no la despertemos. El eros es el despertador esencial.

grafe de toda la Biblia, cosa que confirma el apóstol Juan en su Evangelio: «En el principio es el Verbo».¹²

Con el Espíritu, el Hijo-Verbo fundamenta lo creado.

Él es la imagen divina en la que Adán (el Hombre) es creado en el sexto día del Génesis.

Pero no es sino en el transcurso de una suntuosa ontogénesis de lo creado que se sitúa este sexto día que, antes que nada, toma sus raíces en el primer versículo del Génesis:

En el Principio, Dios creó los cielos y la tierra.¹³

Los cielos, *Shamaim*, que se encuentran dentro de nosotros –Jesús nos lo confirma–,¹⁴ son el *Shem* en las *Maim*, «el Nombre en las aguas». El Nombre, el Santo Nombre, es YHVH, presente del verbo ser, Yo SOY; es Dios en cuanto que Dios fundamenta lo creado y se encarna en el Hombre. En el Hombre, es el Hijo-Germen que hace de él un «yo soy en estado de devenir». Esta imagen divina fundadora es una parte de lo increado en el corazón de lo creado; es el Nombre propio de cada ser, oculto en sus aguas. Las aguas, llamadas más adelante «aguas de abajo», son un cúmulo de energías potenciales y, por lo tanto, desconocidas, que hormiguean en el Hombre y que, bajo el fuego de

12. Juan 1, 1.

13. Génesis 1, 1.

14. Lucas 17, 21: «[...] el reino de Dios está dentro de vosotros».

lo Increado –el Nombre, núcleo del ser–, serán llamadas a ser integradas para convertirse en algo conocido, en información, para construir el Árbol del Conocimiento.

La tierra, en relación con los cielos, es lo seco respecto a lo húmedo, es decir, lo que está integrado de estas energías (lo húmedo se convierte en lo seco; lo desconocido en lo conocido), en relación con lo que falta por integrar. Estos dos polos presentes en el corazón del Hombre son respectivamente llamados por la Tradición, e incluso por la gramática hebrea (en los modos del verbo hebreo), «realizado» y «no realizado»; en el séptimo día del Génesis, calificarán los dos lados del Árbol del Conocimiento. Es en un retroceso a una situación de sexto día –la situación de exilio que es la nuestra–, cuando este árbol es llamado Árbol del bien y del mal. Ontológicamente, es decir, en su naturaleza original, el Árbol del Conocimiento es el de la Realización (luz) y de la No-realización (tinieblas). Más adelante hablaré de este drama del exilio, o del pecado, que es como corrientemente se suele denominar.

Pero volvamos a los primeros días de la Creación. Durante el desarrollo de esta grandiosa ontogénesis, a cuya imagen obedecerán todas las gestaciones vividas en lo creado, sea cual sea el nivel en que se realicen, se forman las estructuras interiores de Adán necesarias para la germinación y el crecimiento del Hijo; se crean, asimismo, las energías (simbolizadas por los animales) –primeras «almas vivientes» siempre interiores en el

Hombre—, incluso aquellas que pueblan las aguas y cuya integración asegurará la germinación y el crecimiento del Hijo en el interior del Hombre.

Todo está preparado, pues, para que en el sexto día (que también podríamos denominar sexto mes de gestación) Adán sea creado animal perfecto entre todos los animales de la tierra que aparecen ese mismo día. Sin embargo, más allá de las cualidades animales, Adán es *creado* en la imagen de Dios y será *hecho* capaz de semejanza. Entre la imagen y la semejanza hay una dinámica de vida, admirable proyecto divino cuyo principio establecido será objeto de los tres postreros meses de gestación. Durante el desarrollo de su vida, el Hombre creado libre escogerá inscribirse en esta dinámica, o no hacerlo; puesto que si en este sexto mes Adán no solamente es creado «imagen de Dios», sino también «macho y hembra», es en previsión de instaurar los esponsales que encarnarán dicha dinámica, la cual podrá ser vivida a distintos niveles según la elección del Hombre. El rechazo del proyecto divino conduce al Hombre a nuestra situación actual de exilio, que es la regresión al estado descrito en el sexto día de la obra divina; se trata, efectivamente, de una regresión, habida cuenta de la iniciación al estado de séptimo día que Adán recibe, como nos cuenta el relato bíblico.

En esta situación de exilio sabemos lo que son «macho y hembra»: hombres y mujeres que se acoplan para traer hijos biológicos al mundo exterior, como lo hacen todos los animales; maravillados ante este misterio que

se realiza en nosotros con tanta sencillez, ¡apenas se nos ocurre la idea de hacer germinar y crecer al Hijo interior!

Sin embargo, debemos comprender esta dialéctica macho-hembra propia del Hombre ontológico (tal como ha salido de las manos divinas), desarrollando otra inteligencia:¹⁵ así, es «macho», *Zakor*, aquel –aquella– que «se acuerda» (en hebreo es la misma palabra), de aquella que se denomina «hembra», *Nqébah*, en hebreo. *Nqébah* es un agujero; la hembra es un agujero sin fondo, interior en todo Adán..., un abismo desconocido (de ahí el símbolo de las aguas y de las tinieblas con el que se asocia) en cuya profundidad está sellada la imagen divina, el principio fundador del ser...

¡La nonada!

En este exilio al que se puede llamar situación de sexto día, la imagen divina, perdida en el fondo de este agujero ignorado, está como muda; Adán, que está como adormecido, no tiene conciencia de serla; tan sólo es alma viviente por los poderes que, inconscientemente, ha dado a sus animales interiores (el alma-grupal animal) que se imponen sobre él y que se erigen en autoridad.

En situación de séptimo día, un flujo de deseo se eleva desde las más grandes profundidades de Adán...

15. Esta lectura distinta del mito creador ha sido desarrollada en todas mis obras, particularmente en *Alliance de feu. Une lecture chrétienne du texte hébreu de la Genèse*, París, Albin Michel, 1995, 2 vols.

¡el eros! El espíritu del Hombre se expresa, a quien responde el espíritu de Dios. La imagen divina es entonces movilizada en él, conmovida por el aliento del Espíritu Santo de Dios, y toma vida bajo la «caricia del eros divino». Adán deviene alma viviente en su Persona única, el Nombre en él, su Nombre; y el Hijo empieza a crecer en su interior. Adán siente como el abismo se estremece...

El espíritu en él, imagen del Espíritu Santo de Dios, se une a su modelo divino. Adán, el Hombre, se convierte místicamente en el espacio de encuentro de dos alientos, de dos deseos, ¡de dos amores!

Una cualidad nupcial muy desconocida aún para nosotros se instaura; es de orden ontológico, y forma parte de nuestra verdadera naturaleza. El mito bíblico nos invita a contemplarla con una sobriedad embriagadora.

El desposorio actúa conforme a dos modalidades; por una parte, es la celebración de la unión del Hombre interior consigo mismo, en los dos polos de su ser, «realizado y aún no realizado», que también pueden denominarse «seco y húmedo», «luz y tinieblas», «consciente e inconsciente».

Sean cuales sean los términos de la dialéctica, se trata en todo ser del polo macho (la cualidad del Hombre que se acuerda de su costado hembra y que, por lo tanto, lo penetra), y de este polo hembra (el femenino del ser –misterio insondable– que, como una madre a su hijo, lleva al hijo divino, al Hijo, llamado por la Tradición «Hijo del Hombre»).

Este costado hembra de Adán —que nunca ha sido una costilla y aún menos la mujer respecto al hombre— lo expresa la palabra *Tsel'a*, construida esencialmente a partir de la raíz *Tsel*, la sombra. Adán, es decir, todo ser humano, debe desposar su sombra, su femenino interior, ¡para alcanzar lo divino en sí mismo!

Por otra parte, el mismo ser humano, en tanto que «imagen», *Tselem* de Dios, ¿no es, esencialmente, *Tsel*, «sombra» de Dios?

¿Qué es el Hombre para que te acuerdes de él y
el Hijo del Hombre para que lo visites?,¹⁶

canta el salmista prendado de su Dios, ¡al descubrirse desposado por Él!

Pues, creando, Dios pone su «otro costado» del cual hace su sombra, su femenino, para desposarlo... En imagen, el Hombre (Adán), ese «otro costado» de Dios, su sombra, está invitado a ofrecer su propio «otro costado», su sombra en él, su femenino interior, para desposarlo.

La potencia del amor en Dios y la de su imagen en el Hombre se desvelan poco a poco ante nuestros ojos del alma, maravillados. Estos esponsales divino-humanos, que se encaminan hacia cimas ignoradas, ven cómo el amor divino se da en la medida en que el Hombre lo puede recibir, ¡si no su fuego lo consumiría! Sin

16. Salmos 8, 5.

embargo, el Hombre solamente es desposado por Dios en la medida en que asume sus propios esponsales; se convierte entonces en «zarza ardiente» bajo el abrazo divino. Estos dobles esponsales son la dinámica misma de la vida.

Antes de cantar su celebración quisiera aportar una luz para enfocar al eros enraizado en lo más profundo del corazón del Hombre, tal como nos lo revela la Torá.

III

Su ser

¿Qué es, pues, lo que en nuestro texto sagrado nos permite hablar del espíritu en el Hombre –y por consiguiente del eros–, y hablar de él como parte integrante de la imagen divina, con el Hijo?

Imagen del Dios Uno en tres Personas, de las cuales cada una es totalmente Dios sin romper en modo alguno la unidad de la esencia, el Hombre es Uno. La humanidad es una, podemos afirmar, en la multiplicidad de las personas humanas, de las cuales cada una contiene la humanidad entera; y cada una, imagen divina, es tres: Padre, Hijo y Espíritu.

Sólo Dios es Padre, pero establece su icono en el Hombre, quien debe ejercer una función macho para con su lado hembra y una función de padre adoptivo en la primera fase de crecimiento del Hijo del Hombre en su interior –tal como hizo san José con respecto a Jesús– hasta que el «Hijo del Hombre e Hijo de Dios»

haya alcanzado los doce años. En todo ser humano, el «Hijo del Hombre», *Bar*, germen de YHVH, es «Yo soy en estado de devenir». El Hijo nunca está separado del Espíritu. El Espíritu, siempre cercano al Hijo, le da la fuerza de crecimiento. Ambos, Hijo y Espíritu, en Dios, son las dos manos del Padre que operan en el mundo creado –dice san Ireneo de Lyon–, pero muy particularmente en el Hombre-Adán.

El hebreo nos permite precisar la presencia del Espíritu junto al Hijo y contemplar su icono en el corazón de Adán: en la dinámica del séptimo día, Dios revela a Adán su otro costado todavía no realizado; para ello, le hace descender a sus profundidades, a ese agujero que constituye su femenino interior, a fin de que tome conciencia de él y pueda desposarlo. Es entonces cuando, en lo más profundo de este abismo húmedo y tenebroso, Dios sella la «carne». ¹⁷

El mito recurre a esta nueva imagen para confirmarnos la presencia fundadora del «principio» del ser en aquel costado velado, infinitamente rico de energías potenciales, «polvo» de energías que en el Hombre satelizan el núcleo divino, la Carne.

La palabra hebrea *Basar*, la carne, puede ser entendida como una contracción de la primera palabra del Génesis: si *Be-reshit* es «en el principio», la carne, *Basar*, puede ser leída *Ba-Sar*, «en el Príncipe»; y el Príncipe en el Hombre ontológico es Dios. Además, en *Basar*

17. Génesis 2, 21.